

verdadero autor, según dicen, fue Ortega y Gasset. Éste de Ortega me parece un texto admirable, muy bien escrito. Es probable que alguien se lo retocara estilísticamente, pero los conocimientos reflejados, no cabe duda, eran del propio maestro.

Aparte de lecturas taurinas como las mencionadas, siempre me ha gustado mucho oír hablar a los toreros, porque de su boca podemos aprender, en mayor medida, lo que es el toro: un auténtico enigma, impredecible a lo largo de la lidia. Aprendo enormemente acerca de todas estas cuestiones charlando con el diestro alicantino Luis Francisco Esplá, amigo mío y gran conocedor de la lidia. También me agrada conversar sobre este tema con Claudio Rodríguez, poeta y muy aficionado a la fiesta.

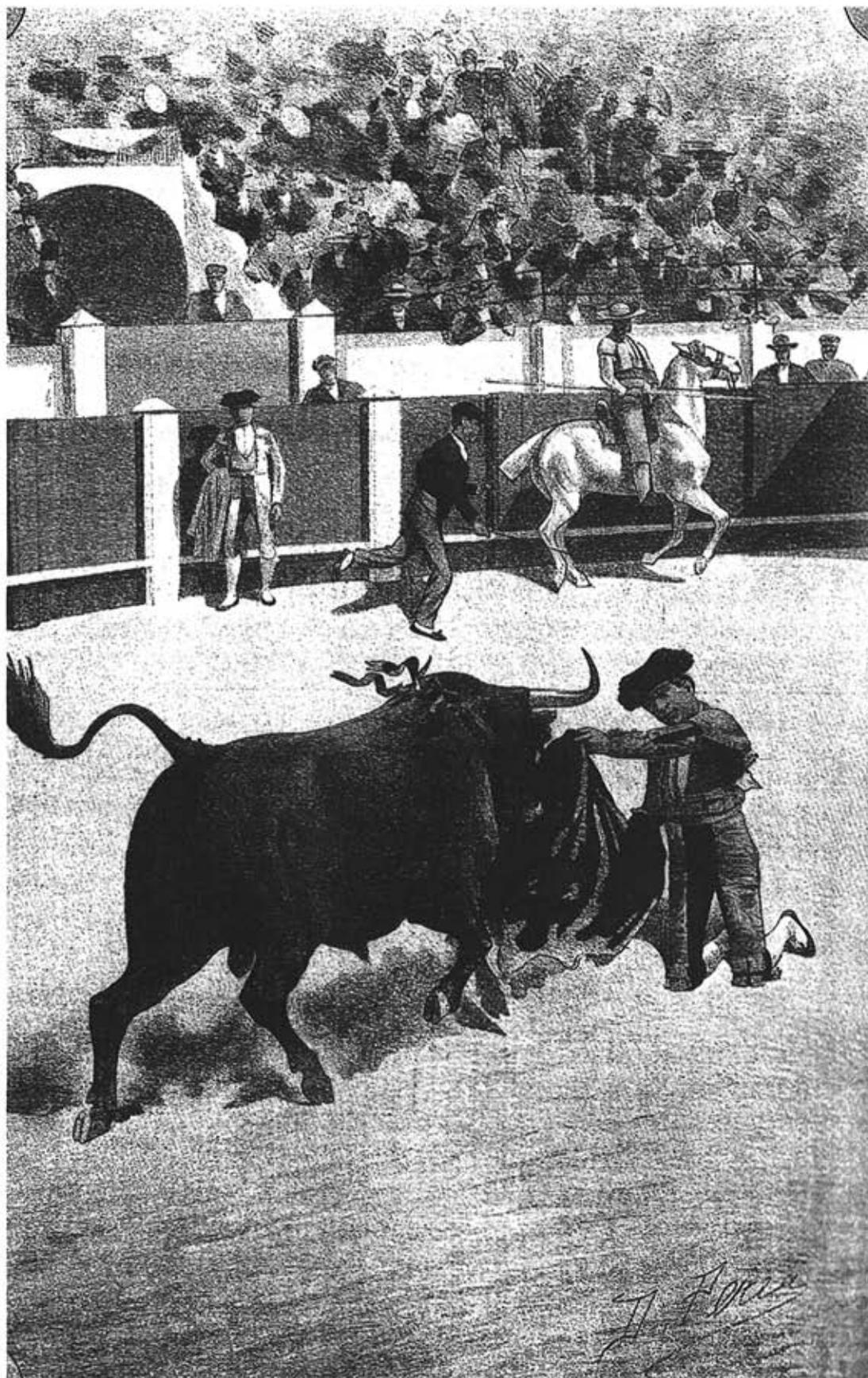
Hay entre los poetas fieles seguidores de la realidad taurina. Entre ellos, vienen a mi memoria los nombres de José Manuel Caballero Bonald y Alfonso Canales. También es aficionado Ángel González, quien me habló en su momento del torero murciano Pepín Jiménez. Con Juan Luis Panero he ido a los toros en Sevilla, para ver lidiar a «Antoñete», y tanto le emocionó una faena suya que luego escribió un poema sobre ello y me lo dedicó. El caso de Fernando Quiñones fue más peculiar, pues era un gran aficionado, pero dejó de serlo. Me contó el motivo: estaba viendo una corrida televisada y su hijo pequeño comenzó a llorar, de modo que ese llanto le hizo tomar conciencia de la violencia del espectáculo. Semejante anécdota muestra un rasgo de la calidad humana y la bondad de Quiñones, pero debo añadir que a mí no me ocurriría algo así. Yo trataría de explicarle a ese niño la razón de ser del toreo, porque los aficionados no somos gente sádica; lo que de verdad nos irrita es que el toro sea maltratado sin motivo por el picador o que el torero, cuando no lo mata a la primera estocada, lo atormente como si fuera un acerico.

Me gusta leer poesía de tema taurino cuando el conocimiento de la fiesta se alía con el conocimiento de la lírica. Eso me hace doblemente feliz. Hay poetas táuricos como Fernando Villalón, interesados por el toro, a diferencia de otros creadores, cautivados en mayor grado por la fiesta. Destaca entre estos últimos Manuel Machado, buen conocedor de la lidia. Ya es popular la experiencia taurina de varios de los poetas del 27. Basta con fijarse en Rafael Alberti y Gerardo Diego, muy ligados al arte de torear. No obstante, por su importancia, he de referirme al *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, un poema de Lorca absolutamente maravilloso, la mejor elegía de la poesía española junto a las *Coplas* de Jorge Manrique. En esta obra no importa tanto la lidia, pese a que Lorca demuestra su buen entendimiento y nunca dice nada que suene a falso. Lo que de verdad le interesa al poeta es hacer la elegía a un amigo cálido, cercano a él y que además era torero,

esto es, ejecutante de un arte muy admirado por Federico. Téngase en cuenta que Lorca elogió en distintas ocasiones la enorme dimensión cultural del espectáculo taurino.

Otra obra que me atrae de modo singular es el libro *La suerte o la muerte* de Gerardo Diego, cuya lectura causa en mí el doble placer antes mencionado: el placer de admirar al conocedor del toreo que además es un técnico de la poesía, porque lidia con ella. Gerardo es como algunos toreros que se plantean dificultades para salir de ellas, mediante la inspiración o el instinto. Además toca todas las vertientes del arte de torear, también con sus filias y sus fobias con los toreros. (A propósito de esta cualidad suya, me molesta un poco que un aficionado como él sólo le haya dedicado un poema a Antonio Ordóñez, pero eso ya son reparos de un seguidor quizá un poco fanático del diestro.)

Gerardo ha hecho uso de todos los metros para hablar del toreo y sus instrumentos. Ha escrito además prosas voladeras, artículos para la prensa acerca del mismo tema, útiles para resumir su teoría del toreo, una teoría que además es comparativa con las distintas artes. Su afición, como pude comprobar, le venía de la infancia. Recuerdo cierta ocasión en que yo me encontraba a la puerta de la plaza de Las Ventas, aguardando al hispanista Philip Silver, gran seguidor de la fiesta, con quien ya me había reunido en otra ocasión, en compañía de Carmen Martín Gaité y de una hermana de Carmen, aficionadísima y enteradísima. Pues bien, estaba esperando a Silver cuando vi llegar a Gerardo Diego, quien tendría por entonces más de ochenta años de edad. Muy tímido, tomó confianza cuando empecé a charlar con él, señalándole su gran afición, y entonces me confió un detalle bien revelador: cuando le preguntaban cuál había sido la jornada más feliz de su vida, no indicaba la fecha de su boda o la del nacimiento de su primer hijo. No, ese día de mayor felicidad tendría unos catorce años –me dijo la fecha exacta– y asistió a dos corridas sucesivas en Santander. Así que, curiosamente, el día más dichoso de toda la existencia del poeta fue aquel en que vio lidiar a unos toreros antiquísimos dieciséis o dieciocho toros.



Daniel Perea: «El Gallo dando el quiebro de rodillas». Ilustración de «La Lidia»